

un enardecimiento—lo resalto en su homenaje—tan fervoroso y decidido, que pensé que quedaban por fortuna muchos arrestos en aquel organismo lastimoso y prematuramente envejecido. De entre los motivos que se adujeron, y en esto residió especialmente lo hermoso de su postura, fué el de que más que el frío e impersonal dato de la técnica orienta el cariñoso desvelo del educador, celoso de descubrir la llamada vocacional; esa llamada que espontánea e incoercible brota siempre en el niño o el adolescente, y que solo se capta si la mirada inteligente va dirigida por un corazón amigo.

De los dos contactos relatados me queda sabroso y aleccionador recuerdo. Y al conjugarlos ahora a vuela pluma, me llega poderosa e insistentemente aquella frase de Newman dirigida a los educadores: «Sed algo más que padres, sed madres». Creo que Don Tomás fué ambas cosas porque sobre el recio prestigio de su personalidad estimulante y creadora abundó la excelencia de un alma ancha; tan ancha como su risa sin esquinas.

Trujillo, Septiembre 1947.

UN COMPAÑERO

La muerte de D. Tomás Martín

Con verdadero dolor en el alma, cojo la pluma para hablar de don Tomás con el que me ligó una amistad fraternal durante treinta años, sin que nunca la enturbiara la más leve sombra. Más de una vez me dijo, que yo había contribuído a que se apartara de sus libros de ciencias por la historia, en la que se impuso desde el primer momento con una intuición y clarividencia extraordinarias, de la que solo un talento natural y un amor intenso fué capaz. Y este fué el amor que sentía al terruño y a Extremadura. Cuántas veces se sulfuraba del expolio de sus productos, y del abandono y olvido de su riqueza milenaria. Muchas excursiones hicimos juntos, para leer en las viejas piedras de sus monumentos, páginas olvidadas de su historia; la primera, al Casar de Cáceres, cuando por encargo de Mérida fuí para escribir unas cuartillas sobre la iglesia parroquial y su retablo, y que se publicaron como Apéndices en el tomo de fotografías del Catálogo Monumental de Cáceres, y la última, a Trejevo y Villamiel, y entre este largo período de años, se encierra su obra histórica, dispersa en revistas y periódicos, casi todas excursiones artísticas y arqueológicas. Cuantas veces requerí su ayuda para que, como artista de la máquina fotográfica, me ayudara, la tenía sin regateos ni recelos, y él disfrutaba en aquellas excursiones con la placidez del justo, que tiene un momento de solaz en esta dura lucha de la vida. Las rutas de turismo de Cáceres las hicimos todas y buscaba siempre el rincón más romántico, la nota popular, el paisaje más recatado o el más abrupto, para llevar al cliché, formando así una rica colección, más de 2.000, que si fuera conocida por las Universidades americanas, pagarían por ella lo que se quisiera.

Era un hombre completo, pues, como naturalista, cogía las piedras, estudiaba los minerales y se dolía de la riqueza que oculta el subsuelo y que está casi virgen en las entrañas de la tierra extremeña. Días vendrán, decía, en que mi tierra renazca a una vida intensa, en que su industria transforme sus productos y sus campos se fertilicen con las aguas que se pierden de sus ríos. Fué un teórico, faltándole la osadía en las empresas que soñaba.

Su labor histórica fué monográfica, con materiales de primera mano, basándose en la observación para sacar consecuencias y teorías de las que en el campo histórico estaba llena su mente. No era enemigo del documento, pero no se ligaba al mismo como testimonio irrefutable, y muchas discusiones teníamos sobre el valor que se le debía de dar. Conocía desde niño la fragua y los hierros extremeños le atraieron y deja páginas inéditas sobre esta manifestación popular del arte extremeño.

De todas sus condiciones, la más destacada fué su bondad, su hombría de bien y su fe cristiana, que le hizo sobrellevar su larga enfermedad con resignación ejemplar. Nunca tuvo enemigos, y si los tuvo, no se atrevieron a

serlo públicamente, y tampoco se albergó en su alma la envidia, esa ponzoña que roe y devora.

Descanse en paz el hombre bueno, el extremeño de corazón, enamorado de su tierra, y el amigo entrañable, al que Dios, en su infinita misericordia, habrá acogido en su seno.

MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE



CAMPANAS DE DUELO

A la memoria de don Tomás Martín Gil.

¡Que yo no quiero oírlas!
¡que están tocando a muerto!

Me machacan las sienas
y me queman los nervios.

Martillos me parecen
que clavan mi féretro,
con clavos que traspasan
hasta mi propio cuerpo.

—¡Callad, campanas negras,
que estoy enloqueciendo!...
Tenéis por bronce, cráneos
y por badajo, huesos.

PEDRO M. RODRIGUEZ

DIVAGACION LIRICA ANTE LA TUMBA DE TOMAS MARTIN GIL

El hombre llega a la tumba llevando tras sí la larga cadena de sus esperanzas frustradas.—J. B. Bossuet.

Ya sé. Ya sé. Te fuiste
sin querer ausentarte,
porque te ataban a la vida
anhelos generosos
y amores inefables.
Más EL QUE EN TODO MANDA
así lo decretó. ¡Que Dios nos salve!
Hoy ya, bajo esta losa
solo queda de tí lo deleznable,
lo que era polvo de la tierra,
materia ruín que en polvo
había de tornarse.

¡Oh, yo te ví sin verte
como entre sombras espectrales
cuando llamó La Pálida a tu puerta
con golpes lentos, sordos, implacables!
Yo sentí sin oírla
tu voz sin voz en el silencio grave.
Tu voz, que era un suspiro
estremecido, ténue, vacilante:

«¡Ten compasión... espera... espera...
Aún no florecen mis rosales.
Aún no brotó en el surco la semilla
que en largas horas derramé constante.
Aún no podé los árboles del huerto...
Secos están los arriates
y la maleza enturbia el agua
del manantial sin cauce.
Mi palomar precisa
de sólidos puntales,
que del nidal las crías
aún no saben alzarse.
¡Ay, qué va a ser de mis palomas
cuando mi cuido previsor les falte!»

Pero La Pálida
ya traspasaba tus umbrales.

«¡Ten compasión... espera... espera...
He tensado la urdimbre en mis telares
para tejer el blanco lino
que amontonado tengo en haces:
Están desnudas mis efigies
y están sin paño mis altares.
¡Déjame ver cómo germina
mi sementera de ideales!»

Pero La Pálida,
sorda a tus ruegos y a tus ayes,
iba acercándose hasta el lecho,
lenta, siniestra, muda, ingrave...

«¡Ten compasión... Detente!
¿No ves que está mirándote
mi dulce compañera?
¡Oh el adorable
regazo cálido,
las manos suaves
que en mis eclampsias
fueron sedante!
¿No ves a esa nenita temblorosa
presa a las faldas de su madre?
¡Oh mi adorada pitusilla,
cándida y pura como un ángel!
Cuando otra nueva primavera
pueblo de luz y aroma el aire
encontrarán mi hogar deshecho
las golondrinas emigrantes.
Mi dulce nena
no me hallará cuando me llame.
¡Ay mis palomas!
¡Ay mis rosales!
¡Ay los bancales de mi huerto!
¡Ay los retoños de mi sangre!»

Y era el zumbido del silencio
como un gemido sollozante.

Pero La Pálida
inexorable,
en lo invisible
rasgó sus velos fantasmales
y fué la tétrica guadaña
como un relámpago flagrante.

.....
¡Señor! La frente humillo
que alcé hasta Tí un instante.
Me oprimo el corazón y sello el labio
que quiso interrogarte...
Si Tú quieres el rayo no fulmina
y el huracán que el torreón abate
pasa por la cabaña mansamente
y acuna el nido entre la rama frágil.
¡Oye mi voz sin voz que te suplica,
oh Santo Dios de las Clemencias Grandes!

JUAN LUIS CORDERO

14 Septiembre 1947.